

"TOTALITARISMO, CIVILIZACIÓN Y CRISTIANISMO"

Jorge de Lima

Del mismo modo que hay quien crea en un antagonismo entre religión y ciencia, hay quien descubre incompatibilidades entre cristianismo y civilización. Para estos, la civilización es la organización de la ciudad terrestre, de la "urbs" material, del mundo carnal dentro del tiempo. El cristianismo no cabe en este mundo. El cristiano es un exilado en la ciudad terrestre, no está incluido en su censo, no puede interesarse por los destinos de una civilización temporal. Su función, en este exilio, sólo tiene interés y valor cuando se impregna de trascendencia mística: las renunciaciones, los ejercicios espirituales, las ocasiones de adquirir crédito a los ojos de su verdadero jefe. El cristiano "sufre" la civilización, como un presidiario ejemplar soporta resignado los trabajos forzados. Procura desempeñar el papel que le fué distribuido, acepta la pena sin revuelta, mas, en el fondo, no se interesa verdaderamente por ella, no muere de amores por sus complicaciones. Con los ojos fijos en su patria invisible, sólo aspira a libertarse, lo más rápidamente posible, de esta servidumbre.

Si tales objeciones fuesen manifestadas únicamente por materialistas, no tendrían mayor importancia; pero son comunes a la casi totalidad de los cristianos, que expresan estos conceptos en palabras, en actos, en su conducta, en fin.

Sin embargo, no cabe duda que el cristianismo no es un método para resolver crisis mundanas, no es un recurso fácil para agrupar a los hombres en sociedad. El mundo espiritual excede las fronteras de nuestro limitado espacio mortal. No es de admirar que un alma verdaderamente cristiana (bien rara!) en la medida ^{en} que ya pertenece a este mundo superior, llegue a perder de vista y a considerar sin importancia los pequeños problemas de la tierra carnal.

Mas porque lo espiritual sea lo esencial y el resto accesorio, no hay razón para separarlos o estancarlos. Una cosa es subordinarse a una jerarquía, y otra recusar la existencia, y por estar subordinados los valores materiales a los espirituales no guardan por eso un lugar menos necesario en la economía de la humanidad cristiana.

*Env. a Alfredo
Cabrera en
Set. 42*

*Env. a
en*

El verdadero cristiano se ve así obligado al mundo temporal por la ley de la caridad: guarda deberes para con sus semejantes, teniendo el apostolado como una de sus más imperiosas obligaciones.

Y para realizar este apostolado tiene que inmiscuirse en las preocupaciones humanas sobre las cuales ha de obrar; hay que comprenderlas para poder alcanzarlas. Más que conquistar al hombre, más que convencerlo, es su obligación amarlo. El Cristo que nos mostró lo que era amar al hombre, se hizo, antes que nada, semejante a él. El verdadero cristiano continúa incomprendido por la mayoría, pues si busca cualquiera otra cosa a más de la simple humanidad carnal, lo acusan de despreciar a esta, con sus contingencias y sus problemas.

¿Cómo podremos testimoniar la caridad, sino haciendo nuestras las cuestiones de nuestro prójimo, y nuestros los problemas de su oficio, de su clase, sus obligaciones para con sus compañeros, parientes y amigos? A todo esto lleva la caridad al cristiano. Jamás podremos juzgarlos criaturas pasajeras, extranjeros, turistas, en este mundo miserable de todos nosotros. No somos ángeles. Somos seres de una civilización temporal, con los piés hincados en la tierra donde vivimos, a quien debemos obligaciones, tributos, e inclusive cariño. Ni el más aislado eremita está desligado de la más perfecta comunión, cual es la Comunión de la Iglesia.

A nosotros, sencillos ciudadanos, la civilización nos absorbe enteramente, consume todos nuestros esfuerzos, nuestra energía, nuestras preocupaciones. Es inadmisibile reducir la vida cristiana a una noción de deber aceptado con resignación, cumplido con una cándida buena voluntad. Una moral de intención, no puede ser una moral cristiana. Nuestras acciones deben ser profundamente sinceras, fraternales, universales. El cristianismo exige de nosotros un esfuerzo de conciencia; es necesario saber dónde nos llevan los actos que la civilización nos impulsa a realizar; debemos juzgarlos en función de nuestra fé. En una civilización malsana, o subordinada a una metafísica anti-cristiana, el hombre se ve ^{arrastrado} llevado a ^{tales} deformaciones de juicio y desviaciones de su conciencia religiosa como jamás pudo prever. El cristiano debe reaccionar, recusarse a ser cómplice de una tal civilización; pero esta reacción tropieza constantemente con enormes dificultades. Basta mirar lo que pasa en el mundo: en medio de una civilización no viable, la realización de una tal idea requiere esfuerzo heróico casi inaccesible.

¿Cómo cumplir sus deberes sociales en un mundo donde la organización económica supone las mayores injusticias? ¿En qué se convirtieron las virtudes familiares en una sociedad que sólo se preocupa con la conquista del confort material y la elevación del standard de vida? El cristianismo no puede desinterarse de ninguna civilización, sea ella cual fuere; antes, al contrario, tendrá que subordinarla a sus principios. Este es un ideal inseparable de su fe. No podemos censurar a la masa, muchas veces obligada a un esfuerzo improductivo, de reaccionar contra las fuerzas que la condenan al mal. Por eso concebimos una civilización subordinada al cristianismo, único factor capaz de crear un ambiente favorable a las criaturas de esa inmensa comunión. En una tal civilización el hombre se inclinaría hacia la verdad, las virtudes serían más naturales, los vicios menos triunfantes. Y aquí aún podemos invocar a la Edad Media; a pesar de todas sus imperfecciones, ~~hacía~~ hacia la vida cristiana mucho más fácil y fecunda que en la presente crisis de nuestra cultura. Verdaderamente la actitud del cristiano en frente a cualquier civilización lega, no se conforma con la simple explotación de esta civilización, inventada, por ventura, por los salvadores terrenos, sino que lucha por salvar esta civilización, inclusive los pseudo-salvadores.

No hay duda que para él la civilización es la tierra carnal, la que debe acabar un día. Pero aún lo que es carnal, no pereciendo para siempre, él cree como verdad, como dogma, en la misteriosa resurrección de los cuerpos; al destino del alma está unido indisolublemente la humilde envoltura que fué su vehículo, su comparsa y su cómplice: la Creación entera volverá a ser tomada por el Eterno, en el fin de los días. Alguna cosa lo seguirá, alguna cosa de esta ciudad carnal donde nos empeñamos en tantos combates; alguna cosa de esta arcilla temporal en que está impresa la imagen del Espíritu, ^{estaba} ~~se~~ destinada a no perecer totalmente, a emigrar para la Eternidad, en el final del ser ~~individual~~ indiviso y uno. El esfuerzo del hombre, del artista, del obrero o del sabio, del político o del monge, entra en la perspectiva inmensa del orden cristiano. Para este, el esfuerzo gastado sobre la tierra por los hombres, por todos los hombres, no es vano; la historia tiene un sentido, y él está obligado mucho más que cualquier otro a colaborar en el progreso del mundo.

Así la civilización aparece en la perspectiva cristiana como un es-

fuerzo para conquistar, a través del hombre, la naturaleza para Dios, para impregnarla de su Amor y de su Espíritu. Este es el verdadero, único y eterno totalitarismo, del que los otros, los terrestres, representan una caricatura por obra de las fuerzas de la destrucción y del mal.

JORGE DE LIMA